

HACIA LA UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS IBÉRICAS
COMUNISMO Y CUESTIÓN NACIONAL EN ESPAÑA, 1931 – 1933

Diego Díaz

Universidad de Oviedo

Contra la República burguesa

El PCE no muestra apenas interés por la efervescencia de los movimientos nacionalistas periféricos en los primeros días de la República. La nula atención a la problemática nacionalista cambiará a partir del toque de atención que la sección española de la I.C recibe en mayo. Los líderes internacionalistas están convencidos de que existe un paralelismo claro entre la Rusia de 1917 y la España de 1931, y uno de los errores del PCE es precisamente no estar explotando a su favor, como hicieron los bolcheviques en el imperio zarista, el descontento de las masas en las llamadas nacionalidades oprimidas. El diagnóstico-reprimenda esbozado por Manuilski y Stepanov en la reunión de Moscú se formaliza en una carta abierta de la IC al Comité Central del PCE publicada en mayo de 1931. Redactada por el primero, se trata de una crítica general a la labor del equipo dirigente, la troika formada por José Bullejos, Manuel Adame y Etelvino Vega. Entre las críticas al partido español está la pervivencia en su militancia de una «mentalidad hostil al nacionalismo, catalán, vasco y gallego»:

En Cataluña, Vasconia y Galicia los comunistas deben hacer comprender a los obreros y campesinos la necesidad de su estrecha unión con los obreros y campesinos revolucionarios de España para llevar con éxito la lucha contra el imperialismo español

(...) crear sobre las ruinas del imperialismo español la libre federación ibérica de repúblicas obreras y campesinas de Cataluña, Vasconia, España, Galicia y Portugal¹.

Una declaración iberista cargada de buenos propósitos revolucionarios pero en la que no se especificaba ninguna medida concreta sobre cómo relacionarse con los movimientos nacionalistas, qué política seguir con respecto a las cuestiones lingüísticas o cómo abordar el debate sobre los estatutos de autonomía. En la práctica esto significaba seguir repitiendo mecánicamente las mismas consignas maximalistas a favor de la autodeterminación de las «nacionalidades oprimidas», con la esperanza de atraer campesinos y obreros nacionalistas hacia el comunismo.

En diciembre de 1931 *Mundo Obrero* publicaba el artículo «Discurso que un diputado comunista hubiera pronunciado en las Cortes en nombre del Partido Comunista al aprobarse la Constitución», donde se atacaba la nueva carta magna, entre otros motivos, por no reconocer la autodeterminación a vascos, catalanes y gallegos. Su lectura nos hace sospechar que a esas alturas las cosas seguían sin estar muy claras ni siquiera en la dirección del partido, a tenor de que se permitiese en el órgano de expresión del PCE la publicación de un escrito en el que se hablaba de Vizcaya para referirse en realidad a todo el País Vasco, donde se mezclaba el problema catalán con el marroquí, o en el que no se establecía distinción alguna entre regiones y nacionalidades, olvidando de paso la problemática gallega:

(...) las regiones liberadas se unirán sin duda, en una federación. Los obreros y campesinos de Cataluña, Castilla, Vizcaya y otras regiones podrán vivir, no lo dude nadie, perfectamente unidos y en paz².

¹ AHPCE, Documentos PCE, Film IV, 79.

² *Mundo Obrero*, 9/12/1931.

El IV Congreso del PCE, celebrado en marzo de 1932 en Sevilla será el lugar y la ocasión en que se decida poner en marcha una política más activa de penetración entre las masas nacionalistas. El giro viene precedido de una autocrítica del propio secretario general con respecto a la escasa importancia otorgada a la problemática nacionalista en el primer año de la República:

Para muchos militantes (...) la cuestión nacional no existe: juzgan que Cataluña, Vasconia y Galicia no son pueblos oprimidos, que la cuestión nacional es un problema artificial, creado voluntariamente por la burguesía de estos países, y que interesa sólo a las clases dominantes. Es la vieja concepción socialdemócrata, que sirve a los intereses del imperialismo, y en nuestro caso concreto, del imperialismo español³.

En mayo de 1932 se avanzaba una propuesta concreta del PCE para incidir en el debate que se estaba dando a propósito de la cuestión catalana, un Estatuto catalán alternativo:

Al Estatuto que niega a Cataluña su soberanía y sus derechos nacionales y que expresa la capitulación de los jefes de Esquerra y de la Generalidad ante el imperialismo, su maridaje con éstos, opone el Estatuto de la revolución que consagra las libertades y el derecho pleno de Cataluña a disponer de su destino⁴.

Sin embargo, ni el PCE tenía en solitario la fuerza suficiente como para forzar un debate en torno a un Estatuto alternativo que contradecía el orden constitucional, ni tampoco contaba con la alianza de otros grupos políticos y sociales que hiciesen suya su contrapropuesta. El Estatuto «de la revolución» quedaría así pues como un mero recurso

³ *Bolchevismo*, 11/3/1932.

⁴ *Las Masas*, 20/5/1932, Cit. en BALCELLS, A.: *Marxismo y catalanismo, 1930 – 1936*, Barcelona, Anagrama, 1977, p. 100.

para la agitación comunista contra el «nacionalismo claudicante» de ERC, y el «imperialismo español» de los republicano socialistas.

La postura adoptada con respecto al Estatuto catalán servirá en lo sucesivo como guía y modelo para el «qué hacer» en el caso vasco y gallego. La cuestión autonómica se convierte por lo tanto, como antes adelantábamos, en otro frente para combatir al gobierno republicano y denunciar su supuesto carácter contrarrevolucionario. Los estatutos autonómicos en discusión serán impugnados en bloque por el PCE como la capitulación de las burguesías nacionalistas ante el Estado burgués e imperialista español. Sin embargo, ¿era la autodeterminación una demanda con suficiente peso social en Catalunya, País Vasco y Galicia como para resultar un eficaz banderín de enganche de las clases populares nacionalistas? Si el objetivo era lograr la atracción de estas a las filas del PCE, oponerse a unos estatutos que por el contrario sí eran una reivindicación sentida y asumida por esas masas, no parecía la mejor forma de ganarse su simpatía. La inflexible defensa de la autodeterminación recomendada por Moscú alejaba más que acercaba al PCE del verdadero debate político, que no era el dilema autonomía o autodeterminación, sino centralismo o autonomía. El principal problema para las aspiraciones de las masas nacionalistas no era por lo tanto la «traición» o «capitulación» de sus jefes ante el Estado republicano, como denunciaban los comunistas, sino las fuertes reticencias en la mayoría de los políticos españoles a la descentralización y el reconocimiento de las autonomías.

La analogía sin apenas matices con la Rusia revolucionaria, un problema no sólo del PCE, sino también del BOC y los trotskistas, hacía a los comunistas españoles repetir como mantras los esquemas soviéticos en un contexto bien distinto. Así, se hablaba de imperialismo español para referirse al tradicional centralismo madrileño,

como si las dimensiones del problema ucraniano, polaco o finlandés bajo el imperio zarista fuesen similares a las de la cuestión catalana, gallega o vasca.

El comunismo en Catalunya

Tomando de nuevo como referente la URSS y el caso de los partidos comunistas de Polonia, Bielorrusia y Ucrania, formalmente independientes, pero en la práctica, estrechamente vinculados a Moscú, el PCE y la IC alentarán a partir de 1932 la formación en Catalunya y el País Vasco de partidos comunistas autónomos. El primero será el catalán, que se funda en noviembre de 1932 a partir de la raquíica federación catalana del PCE. Al frente del nuevo Partit Comunista de Catalunya se coloca Ramón Casanellas, un antiguo anarquista procedente de los grupos de choque de la CNT⁵. El PCC nacía con la vocación de solucionar el problema de la falta de implantación del PCE en Catalunya. La minusvaloración de la cuestión nacional catalana explicaba según los dirigentes comunistas españoles y soviéticos el clamoroso vacío organizativo del PCE en el principal centro proletario de España. Sin embargo, este razonamiento no daba cuenta de por qué entonces la CNT, sin ninguna sensibilidad nacionalista, más bien justo al contrario, era la principal fuerza de la clase obrera catalana. El reducido espacio del comunismo catalán tenía además que disputarlo el PCC con otros dos partidos. El pequeño Estat Catalá-Partit Proletari, desde 1933 rebautizado como Partit Catalá Proletari, no era un competidor difícil, cosa que por el contrario sí lo era el BOC. El Bloque Obrero y Campesino o Bloc Obrero i Camperol no era sólo el principal grupo

⁵ Implicado en el asesinato de Eduardo Dato, Casanellas había logrado huir de España gracias a la ayuda de los dirigentes comunistas Leandro Carro y Oscar Pérez Solís. Acogido primero en Francia por el PCF, se exiliaría posteriormente en la URSS, donde se convirtió al comunismo. En 1931 regresó a España beneficiándose de la amnistía republicana. Secretario general del PCC encabezó con muy poco éxito (1.503 votos) la candidatura de este partido a la presidencia de la Generalitat. En 1933 fallece prematuramente en un accidente de moto. A su capilla ardiente acudió Joaquín Maurín a rendirle un último homenaje. En el sepelio el líder del BOC estuvo a punto de ser agredido por exaltados militantes del PCC que le increparon. Su entierro fue multitudinario y en él participaron Buenaventura Durruti y una muchedumbre de libertarios barceloneses que le despidieron como a uno de los suyos.

comunista de Catalunya, sino también la principal organización marxista del Principado, por delante de la pequeña federación catalana del PSOE, y de la Unió Socialista de Catalunya, cuya alianza electoral con ERC compensaba su debilidad organizativa.

El BOC había nacido en 1931 tras la unificación en noviembre de 1930 del Partit Comunista Catalá y la antigua Federación Comunista Catalano Balear del PCE en una nueva Federación Comunista Catalano Balear, ya completamente independiente y desligada del partido comunista español. Para ampliar su radio de influencia la nueva FCCB decidiría impulsar una organización paralela, el BOC, que organizase, como explicaba su dirigente Joaquín Maurín «a todos los trabajadores de la ciudad y del campo que aún no siendo comunistas, aceptan sin embargo, las consignas formuladas por los comunistas»⁶. El PCC era la creación de jóvenes trabajadores nacionalistas, sobre todo del sector servicios, que radicalizados por la dictadura habían visto en el estado soviético, por su defensa de la igualdad social y nacional la síntesis perfecta de sus anhelos obreristas y catalanistas. Como explica Andrew Charles Durgan:

la incomprensión que los nacionalistas manifestaban hacia las aspiraciones revolucionarias de la clase obrera por un lado, y la hostilidad de los anarquistas contra los movimientos de liberación nacional por otro, llevaron a estos jóvenes a descubrir el leninismo (...) pese a su identificación plena con la experiencia rusa, estos activistas no toleraban las *intrigas* del PCE, lo que les llevó a optar por crear un partido catalán independiente⁷.

Su fundación se remontaba a 1928, cuando la lucha conjunta contra la dictadura, de movimiento obrero y movimiento nacionalista había posibilitado síntesis

⁶ DURGAN, A. C.: *BOC 1930 – 1936. El Bloque Obrero y Campesino*, Barcelona, Laertes, 1996, p. 51.

⁷ *Ibid.*, p. 47.

nacionalistas de izquierdas como esta. Como reflexionaba su líder, Jordi Arquer, en un artículo de abril de 1930, la dictadura había facilitado que una parte del obrerismo se nacionalizase, y viceversa, que se diesen procesos de adquisición de conciencia de clase entre las minorías obreras que participaban en el movimiento nacionalista⁸. Otra de las novedades aportadas por este grupo era la utilización de la lengua catalana, poco frecuente en la propaganda del movimiento obrero catalán⁹.

En noviembre de 1930, cuando se producía la fusión del PCC y la FCCB, los efectivos del partido de Jordi Arquer eran ya, según los cálculos de Durgan, de unos 400 o 500 militantes, casi tantos como el PCE, y algo más de los que conformaban el grupo de Joaquín Maurín¹⁰.

La fusión había sido facilitada por el trabajo conjunto de ambas organizaciones en los comités de lucha contra la dictadura y por la amnistía de los presos políticos. También por la definitiva ruptura de Maurín con el PCE, que veía en el aragonés catalán a un hombre ambicioso y excesivamente pagado de sí mismo, poco proclive a acatar sumisamente las directrices de unos dirigentes españoles y soviéticos a los que juzgaba intelectualmente muy inferiores a sí mismo. Los métodos que Bullejos y los suyos emplearon para eliminarlo de la carrera por la secretaria general del PCE fueron cualquier cosa menos limpios. Aunque Trotsky, que lo había tratado personalmente, lo caricaturizaba como «un personaje cómico con reflejos provincianos, doctrinas corroídas y consignas primitivas»¹¹, Maurín era con mucho el dirigente comunista español más brillante. Tal vez no fuese el Lenin ibérico que él debía considerarse, pero estaba muy por encima de la mediocridad de la mayoría de los dirigentes del PCE y de la IC.

⁸ *Treball*, 17/4/1930.

⁹ *Treball*, 8/4/1930.

¹⁰ DURGAN, A. C.: *BOC 1930 – 1936... op. cit.*, p. 49.

¹¹ *Ibid*, p. 89.

Maurín, que había colaborado con los nacionalistas de izquierdas en la lucha contra la dictadura, criticaba que los comunistas del PCE subestimaran la importancia del catalanismo y de los nacionalismos periféricos como factores democratizadores y potenciales aliados del movimiento obrero en la revolución democrático burguesa que España necesitaba aún encarar antes de afrontar la revolución social:

La dirección del PCE tampoco ha comprendido jamás el alcance de la cuestión nacional (...) Ha repetido la consigna *Derecho de las nacionalidades ha disponer de sí mismas hasta la separación*, pero de una manera mecánica. Es incapaz de asimilar este aspecto de la doctrina de Lenin. La cuestión nacional juega en la revolución española un papel extraordinariamente importante. Fue la proclamación de la República Catalana la que determinó el hundimiento definitivo del antiguo régimen. La cuestión catalana es un poderoso factor de la revolución democrática¹².

Su confluencia con el PCC de Jordi Arquer en el BOC, permitiría construir una organización además de comunista, abiertamente catalanista, justo en un momento, el final de la dictadura y la caída de la monarquía, en el que esta ideología se extendía entre capas populares y obreras hasta entonces ajenas a ella. Maurín y Arquer se proponían arrebatar la bandera del catalanismo a la burguesía y el republicanismo de clase media, mostrando a las masas nacionalistas que nadie mejor que un partido obrero podía defender a una patria catalana, que el catalanismo burgués y pequeño burgués siempre estaban dispuestos a traicionar para salvaguardar sus intereses materiales. En julio de 1931 Joaquín Maurín había teorizado sobre la progresiva proletarización del catalanismo¹³. Tras la colaboración de la burguesía regionalista con la dictadura españolista y luego el abandono de la efímera República Catalana del 14 de abril por el

¹² *La Batalla*, 13/8/1931.

¹³ *La Batalla*, 16/7/1931.

catalanismo de clase media, la pelota catalanista estaba ahora, según Maurín, en el tejado de la clase obrera. Sólo el proletariado, que a diferencia de la burguesía y la pequeña burguesía, nada podía esperar del poder central, tenía las manos libres para llevar hasta el final la lucha por la plena soberanía de Catalunya, aunque no fuese con el objetivo de lograr la independencia, sino de federarse con el resto de pueblos peninsulares, esto es, castellanos, vascos, gallegos, andaluces aragoneses, etc..., en una suerte de URSS ibérica, en la que incluso cabría Portugal, cumpliendo así de paso un viejo sueño del republicanismo federal.

El BOC atacaría el abandono por ERC de la República Catalana del 14 de Abril, y la redacción de un Estatut sin contenidos sociales y donde no se reconocía la soberanía nacional última a Catalunya. Sin embargo, ante el referéndum autonómico de julio del 31 los bloquistas llamarían a sus afiliados y simpatizantes a cerrar filas con el Estatut de Nuria, ya que «votar en contra del Estatuto sería ayudar al triunfo del centralismo de la burguesía pan española»¹⁴.

De los 3.000 votos en las municipales de abril de 1931, el BOC había pasado en las generales de junio de ese año a los 10.000. En las autonómicas del 32 los votos bloquistas llegarían hasta los 20.000, insuficientes para obtener un escaño, dada la legislación electoral, escasamente proporcional, pero un buen resultado en todo caso, sobre todo si los comparamos con los 1.500 de los comunistas «oficiales» en esas mismas elecciones. *La Batalla*, el semanario en castellano alcanzaba ya una tirada de 7.000 ejemplares. Asimismo, el número de afiliados crecía, sobre todo entre los asalariados de cuello blanco, principal base también del catalanismo de izquierdas, pero también en otros ámbitos sociales y territoriales, como el campo y la industria, gracias al trabajo en el sindicalismo agrario y en la CNT. El BOC capitalizaba la decepción de

¹⁴ *La Batalla*, 30/7/1931.

los nacionalistas de izquierdas con el papel institucional jugado por ERC. Los jóvenes defraudados por la moderación del republicanismo tras el 14 de Abril buscaban una alternativa en el BOC, que crecía a expensas del desencanto hacia una Esquerra cuyas promesas federalistas y reformistas sociales se habían agudado una vez instalada en la Generalitat¹⁵. Desde septiembre de 1931 el lenguaje del BOC se había vuelto cada vez más agresivo hacia ERC, calificada como «grupo demagogo», «obreristas snobs», o «catalanistas de palabra»¹⁶. El BOC culpabilizaba a Esquerra de traicionar las ansias de autonomía del pueblo catalán al aceptar los recortes al Estatut impuestos en las cortes madrileñas, y que lo convertían en una «declaración de esclavitud nacional»¹⁷.

Los bloquistas exigen a ERC un nuevo referéndum «para saber si Cataluña acepta o no las modificaciones infamantes»¹⁸. Las críticas a ERC continuarían por lo tímido de su actuación para facilitar el acceso a la propiedad de los pequeños campesinos *rabassaires*¹⁹, así como por su apoyo y el de USC a la Ley de Defensa de la República²⁰.

Animados por el crecimiento en votos y afiliados del BOC, y convencidos de que el PCE no tenía ningún futuro dado su sectarismo y su dependencia de los miopes burócratas de Moscú, el II Congreso de la Federación Comunista Catalano Balear en abril de 1932 decidía la expansión al resto de España a través de una nueva marca, la Federación Comunista Ibérica. Arquer y Maurín estaban convencidos de que la vanguardia política del país estaba en Barcelona y que el impulso del movimiento comunista español debía partir por lo tanto de una gran ciudad, fabril y moderna, y no

¹⁵ Sobre el caso concreto, pero muy significativo, de Daniel Domingo Montserrat, joven nacionalista exaltado, voluntario en la Primera Guerra Mundial, participante en la fallida expedición de Prats de Molló liderada por Francesc Maciá, y con posterioridad militante del BOC, existe una monografía. Véase, MARTÍNEZ FIOL, D.: *Daniel Domingo Montserrat, 1900 – 1963: entre marxisme y el nacionalisme*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 2001.

¹⁶ *La Batalla*, 24/9/1931.

¹⁷ *La Batalla*, 15/9/1932.

¹⁸ *La Batalla*, 16/6/1932.

¹⁹ *La Batalla*, 7/5/1932.

²⁰ *La Batalla*, 14/1/1932.

de una urbe escasamente industrializada, como lo era la antigua capital del reino. Como había afirmado en mayo de 1931 Maurín en un mitin en Barcelona, «España gravita políticamente alrededor de Barcelona»²¹.

Con respecto a la cuestión nacional, a la que se daba una gran importancia, el II Congreso venía a convertir en tesis del partido muchas de las ideas que Maurín y Arquer ya habían adelantando en artículos e intervenciones públicas. El objetivo del partido debía ser emular en España lo que los bolcheviques habían hecho al sustituir el viejo imperio zarista por la URSS. Como si se tratara de la misma cosa, aquí la labor de los revolucionarios debía ser liquidar el «Estado imperialista español» para dar vida a una libre Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas aún más grande que España «reincorporando Portugal (...) y redimiendo Gibraltar del vasallaje del imperialismo británico», pero sobre la base de la libre adhesión. Esta tarea iniciada por las burguesías catalana y vasca no la habían podido concluir debido a los múltiples lazos de clase que la unían a los latifundistas castellanos, andaluces y extremeños, y a la burguesía centralista. La tarea de concluir la revolución democrático burguesa y lograr la libre unión de los pueblos ibéricos pasaba pues de la burguesía y la pequeña burguesía al proletariado, que apostaría por la federación. La FCCB lucharía «para evitar que la clase obrera se integre en las organizaciones específicamente nacionalistas», al tiempo que denunciaría el chauvinismo españolista de PSOE y CNT.

En aras de liquidar la España semifeudal y sustituirla por otra federal y plenamente democrática, la FCCB y la nueva FCI se inclinaban por alentar no sólo los movimientos de emancipación nacional catalán, vasco y gallego, disputando su hegemonía a la burguesía y las clases medias, sino también los que pudieran surgir en otros pueblos peninsulares²². Esta era precisamente la principal novedad que la FCCB y

²¹ *La Batalla*, 7/5/1931.

²² *La Batalla*, 10/3/1932.

el BOC aportaban al tratamiento marxista leninista de la cuestión nacional, ya que para el PCE el problema de las «nacionalidades oprimidas» se limitaba a conseguir la libre federación de Catalunya, País Vasco y Galicia a otra entidad que sería España, tratando esta como un todo sin matices ni diferencias. Los trotskistas españoles, aún menos proclives al apoyo a los movimientos nacionalistas, sólo veían un componente progresista al catalanismo, rechazando totalmente cualquier apoyo al nacionalismo vasco, por su sesgo reaccionario, y al gallego, por no ser más que «un balbuceo regionalista, falto del calor de las grandes masas, y refugiado, por ello, en los cenáculos literarios y en las academias», como lo caracterizaba despectivamente Andreu Nin²³. Los trotskistas acusaban al BOC de tratar de crear «tantos problemas nacionales como en regiones está dividido el Estado español, tengan o no verdadero carácter nacional, una base económica y cultural propia»²⁴.

En noviembre de 1932 el BOC concurría a las primeras elecciones autonómicas catalanas. En su programa figuraba la anulación del Estatut y la declaración la República catalana, que debía ser el motor de la revolución ibérica. Los resultados, aunque duplicaban los obtenidos en las constituyentes de junio de 1931 dejaban al BOC fuera del Parlament. La prensa bloquista presentaba los 20.000 votos obtenidos como un éxito, pero la esperanza de que Jaume Miravittles ganase un escaño por Girona se había visto defraudada, a pesar de los casi 8.000 votos obtenidos por el candidato comunista, que muy pronto migraría a ERC. Maurín, cabeza de lista en Barcelona, obtenía 3.800 votos, el 2% de los sufragios emitidos en unas elecciones que volvían a dar una amplia victoria a Esquerra²⁵. La propuesta catalanista y obrerista del BOC, a pesar de crecer, no obtenía un respaldo electoral considerable ni entre los *nacionalistes d'esquerres*, ni

²³ *Leviatán*, Septiembre de 1934.

²⁴ *Comunismo*, Abril de 1932.

²⁵ DURGAN, A. C.: *BOC 1930 – 1936... op. cit.*, pp. 118-119.

entre los afiliados a la CNT, cuya actitud electoral se dividía entre el abstencionismo anarquista o el «voto útil» al «mal menor» de ERC frente al «mal mayor» de la Lliga.

El comunismo oficial, con un programa muy similar al del BOC obtenía un magro resultado. Llegados a 1933, el comunismo catalán seguía siendo una parte minoritaria del movimiento obrero de Catalunya, aún hegemonizado por la CNT.

Los comunistas en el País Vasco

La escisión comunista había encontrado desde sus inicios un especial arraigo en las localidades mineras y fabriles de Vizcaya, históricos bastiones del PSOE. El comunismo vasco había nutrido al PCE de gran parte de sus dirigentes durante los años 20, siendo incluso Bilbao durante un breve lapso de tiempo la sede de la organización española. En las elecciones de abril de 1931 los comunistas obtenían 12 concejales en Vizcaya, que contrastaba con el desastre electoral del partido en el resto de España. La implantación del PCE dentro del territorio vasco navarro era sin embargo muy desigual, la mayor densidad se concentraba en la zona minera y la margen izquierda del Nervión, mientras que el resto de Vizcaya, Álava y Navarra eran un desierto militante. El comunismo tenía una implantación significativa sólo allí donde existía una previa tradición socialista fuerte. Como para los socialistas vascos, el campo, el mundo de los *baserritarras*, era un continente desconocido. En cuanto a Guipúzcoa, existía un pequeño pero muy activo núcleo militante entre los pescadores de Irún y Pasajes, y en San Sebastián, donde los comunistas dirigían la Federación Local de Sociedades Obreras.

Para marzo de 1932 la federación vasco navarra aportaba el 10% de los delegados al IV Congreso del PCE, siendo aún tras la andaluza la federación más numerosa. Sin embargo, la fortísima crisis económica mundial, que afectó más al País

Vasco, y concretamente a Vizcaya, que a otros territorios españoles, repercutiría negativamente en la afiliación al partido. A lo largo de un periodo republicano marcado por la recesión y el desempleo, las nuevas incorporaciones en las provincias vascas se estancarían, disminuyendo además el peso total y proporcional del comunismo vasco frente a la pujanza militante de otras federaciones.

En contraste con el comunismo catalán, el partido en el País Vasco era genuinamente obrero y carecía de arraigo alguno entre los trabajadores de cuello blanco. La escasez de mujeres, campesinos e intelectuales contrastaba con la abundancia de pistoleros, pues desde los años 20 socialistas y comunistas vizcaínos estaban acostumbrados a solventar sus disputas políticas y sindicales a tiro limpio, en refriegas callejeras que parecían tener tanto de enfrentamiento político sectario como de reyerta de mozos. Existía además, como en el socialismo, una diferencia entre el perfil mayoritariamente castellano parlante de la militancia vizcaína, donde se concentraba un fuerte contingente de inmigrados o hijos de inmigrados, y el guipuzcoano, predominantemente autóctono, y donde en el caso del PCE sobresalían dirigentes euskaldunes como Jesús Larrañaga o Juan Astigarrabía. La diferencia sociolingüística entre ambas provincias, y con Catalunya, no era una cuestión menor. La vitalidad del catalán en todos los ámbitos sociales y culturales, contrastaba con el carácter mucho más minoritario y rural de un euskera en retroceso. Por otro lado, mientras que el catalán es una lengua romance de fácil comprensión y aprendizaje por el hablante del castellano, el euskera es un idioma sumamente complejo que ni siquiera entonces la mayoría de los vascos autóctonos hablaba. El carácter proselitista del nacionalismo catalán con respecto a la lengua, contrastaba con la función más simbólica y ritual del euskera en la comunidad nacionalista vasca, donde en la práctica se empleaba sobre todo el castellano. El tradicional empeño del catalanismo en integrar a los inmigrantes

por la vía lingüística, si es que estos no venían ya aprendidos de casa, como era el caso de los aragoneses y valencianos procedentes de comarcas catalano parlantes, contrastaba con la función excluyente otorgada por el nacionalismo vasco al euskera, frecuentemente usado como mecanismo de diferenciación frente al inmigrante, el *maketo*, culpabilizado además de la agonía y retroceso del ancestral idioma.

Los contactos entre comunistas y nacionalistas en el País Vasco se habían dado desde la fundación del PCE, pero nunca habían pasado de relaciones tan superficiales como los llamamientos comunistas a la autodeterminación y la lucha conjunta contra la burguesía y el imperialismo español. Al fin y al cabo el hábitat en el que se desenvolvían la mayoría de los comunistas, la Vizcaya minera e industrial, era un medio sumamente castellanizado, con una importante presencia de inmigrantes o descendientes de estos, y donde el nacionalismo vasco era un fenómeno muy marginal. A partir de 1931 esto comenzaría a cambiar. El PNV vivía una fuerte expansión en todos los ámbitos sociales tras el final de la dictadura, cuya manifestación más visible sería el primer y multitudinario *Aberrri Eguna*. La crisis capitalista mundial venía teniendo además una especial incidencia en las factorías vascas. Las altísimas tasas de paro, aproximadamente cien mil personas en Vizcaya, la provincia más afectada, lejos de favorecer el sindicalismo radical que trataba de impulsar el PCE, potenciaban la hasta entonces minoritaria opción sindical nacionalista, cuyo acento en el mutualismo resultaba más atractivo para unos trabajadores en apuros que las huelgas salvajes propugnadas por los comunistas.

En este contexto de auge nacionalista, con la agitación en torno al Estatuto de Estella y el de las Gestoras como telón de fondo, y tras el la carta abierta de la IC y el IV Congreso del PCE, que instaban a un mayor trabajo político para atraerse a las masas nacionalistas, los comunistas vascos hacían autocrítica en el Congreso de la Federación

Vasco-Navarra del PCE por el escaso interés que habían prestado hasta la fecha por la problemática nacionalista. Del cónclave, celebrado a mediados de marzo de 1932, saldría el propósito de trabajar por atraerse a los obreros y campesinos nacionalistas empezando por las tendencias más progresistas del movimiento.

El artículo del dirigente guipuzcoano Luis Zapirain en *Bolchevismo*, la revista teórica del PCE, sentaría las bases que debían guiar la aplicación del leninismo en el País Vasco: defensa de la autodeterminación y de las posibilidades revolucionarias del movimiento nacionalista vasco, combinada con la denuncia de la dirección burguesa y semi- feudal del PNV y del carácter reaccionario del Estatuto. Frente a la ciega hostilidad de los republicanos y socialistas hacia el ultraconservador nacionalismo vasco, e incluso de los trotskistas, que instaban a «luchar con todas nuestras fuerzas contra este nacionalismo, baluarte de la reacción más exacerbada»²⁶, el PCE veía necesario y posible disputar al PNV la hegemonía del movimiento nacionalista y reconducirlo hacia posiciones revolucionarias:

Grande es el atraso político de estas masas y enorme la presión que ejercen caciques y clericales, pero su condición de clases explotadas y su sentimiento de nacionalidad oprimida, nos da una doble posibilidad de conquistar su dirección si sabemos estudiar debidamente sus problemas y adoptar un trabajo eficaz²⁷.

El objetivo fijado por Zapirain de «transformar el movimiento nacionalista vasco de una fuerza de reserva de la contrarrevolución en un movimiento de masas que dirigido por el proletariado revolucionario, sea un factor verdaderamente impulsivo de la revolución española» era una tarea tan ímproba como voluntariosa, teniendo en cuenta factores como el tradicional enfrentamiento entre nacionalismo y obrerismo en

²⁶ *Comunismo*, Abril de 1932.

²⁷ *Bolchevismo*, 30/7/1932.

el País Vasco, más caliente y violento ahora que nunca, la defensa de SOV de un sindicalismo xenófobo cerrado a los *maketos*, o la alianza del PNV con el carlismo a lo largo de 1931. Un informe sin fecha titulado «Del movimiento nacional vasco», ahondaba también en esa posibilidad apuntada por Zapiain y lamentaba el escaso trabajo de los comunistas para influir en las capas populares afines al PNV:

(...) nuestro partido no hace nada, a pesar de la simpatía con la que es visto por los obreros nacionalistas, simpatía producida por el simple hecho de decir en nuestra prensa y en los mítines que defendemos el derecho a la independencia (...) Sobre todo es preciso acabar con nuestra política palabrera y de ausencia práctica en el problema de las nacionalidades²⁸.

En el citado informe, cuyo autor muy probablemente pudo ser Jesús Larrañaga, se apuntaba a los trabajadores y campesinos nacionalistas como potencial fuente de reclutamiento del comunismo vasco, poniendo como ejemplo el caso del paso al sindicalismo rojo de 400 pescadores donostiarras que «daban hasta ahora su adhesión al PNV (...) Algunos se han afiliado ya a nuestro partido». Según el autor a pesar del «atraso político de las masas obreras y campesinas que siguen al PNV (...) Las masas nacionalistas empiezan ya a darse cuenta de la traición de sus jefes». Para explotar este descontento de las clases populares nacionalistas debían formarse «comités de lucha por la liberación social y nacional de Euzkadi» capaces de unir a trabajadores comunistas, socialistas, anarquistas y nacionalistas en pos de un Estatuto alternativo, pues «frente a las ilusiones creadas por el Estatuto (...) debemos presentar nosotros el Estatuto de la revolución». La táctica comunista pasaba pues, como señala Antonio Elorza²⁹, por una

²⁸ AHPCE, Documentos PCE, Film IV, Apartado 64.

²⁹ ELORZA, A.: «Comunismo y cuestión nacional en Cataluña y Euskadi (1930-1936): un análisis comparativo», *Saioak*, 1, pp. 5-48.

adaptación al caso vasco del estalinista frente único por la base, incorporando aquí, no sólo a los trabajadores socialistas, sino también a los nacionalistas, aunque según este autor:

de poco servía ahondar en el tema de la liberación nacional y social (...) si al mismo tiempo y bajo el signo del *clase contra clase* era obligado denunciar el Estatuto de autonomía como una claudicación nacionalista ante los intereses de los terratenientes, del capitalismo oligárquico y del imperialismo español (...) Especialmente si pensamos en la atracción de masas ejercida por el tema estatutista.

La propaganda del PCE a favor del movimiento nacionalista vasco venía a chocar luego con el rechazo frontal a apoyar la principal reivindicación de las masas nacionalistas, que no era la autodeterminación, sino la autonomía.

Más allá de algún caso puntual, como el de la temprana conversión en los años 20 de Larrañaga, un joven trabajador *aberriano* al marxismo leninismo, la mayoría de los nacionalistas de clase obrera, católicos, conservadores y xenófobos, muchos de ellos campesinos recientemente proletarizados, desconfiaban de un partido tan ajeno a sus valores y a su universo social y cultural como el PCE. Por mucho que el partido predicase el derecho a la autodeterminación sin límites para el País Vasco, suponemos que pesaban mucho más en las masas nacionalistas los prejuicios hacia un partido ateo, revolucionario y lleno de *maketos*, que las promesas de liberación nacional y social, o la propaganda sobre la armonía de las nacionalidades, antes oprimidas, ahora felizmente federadas en la Unión Soviética.

En el País Vasco no existían como en Catalunya un nacionalismo republicano laico y progresista de cierta entidad, ni minorías nacionalistas obreristas susceptibles de ser atraídas por las ideas comunistas, como había pasado con los jóvenes catalanistas de

izquierdas, que defraudados por Esquerra se habían incorporado el BOC, al Estat Catalá Partit Proletari, o que anteriormente habían fundado el PCC. En la sociedad vasca, mucho más tradicional y conservadora que la catalana, esa minoría nacionalista de izquierdas, muy moderada, se agrupaba en torno a Acción Nacionalista Vasca, un pequeño partido republicano y nacionalista nacido a finales de 1930 entre los descontentos con el rumbo ultracatólico y reaccionario del PNV. En torno a él se agrupaban algunos elementos nacionalistas de clase media que miraban con envidia a ERC, y también unos pocos obreros. Inicialmente comprometidos con republicanos y socialistas y con el Estatuto de las Gestotas, el progresivo desinterés de estos por la cuestión autonómica, y su antinacionalismo visceral, les haría desde de verano de 1931 ir descolgándose de ellos hasta quedarse en una espacio intermedio, en una tierra de nadie entre el PNV y las izquierdas vascas. Sería entonces cuando los comunistas comenzarían a fijar su atención en este colectivo con el objetivo de atraérselo:

Acción Nacionalista Vasca, que no reúne a grandes masas (...) tiene no obstante cierta influencia en algunas localidades, particularmente entre las capas proletarias y proletarizadas. Su posición vacilante le hace ir a remolque, tanto de los republicano-socialistas como del nacionalismo reaccionario, apuntándose, sin embargo, en su órgano *Acción Vasca* (sic) algunos brotes de rebeldía social que revelan la pugna de su base proletaria por darle al movimiento un contenido clasista³⁰.

En 1933 ANV participa invitada en el Congreso Pro Amnistía promovido por el Socorro Rojo Internacional, organización estrechamente vinculada al PCE. Sin embargo, la insistencia comunista en «desenmascarar» a los *jauntxos* (señoritos) de ANV, sólo lograría romper las relaciones entre ambas organizaciones. Los insultos

³⁰ *Bolchevismo*, 3, 30/8/1932.

desde la prensa comunista a la dirección de ANV por apoyar el Estatuto significarían únicamente el final del dialogo entre ambos partidos, sin que se produjese el ansiado trasvase de trabajadores de Acción al PCE. Tampoco prosperaría el proyecto apuntado por Zapirain de «convertir Solidaridad de Obreros Vascos de órgano de colaboración en un verdadero organismo de lucha de clases, ligado al resto de los trabajadores»³¹. A partir de marzo de 1933 la Federación Vasco Navarra del PCE estrena semanario, de *Bandera Roja* se pasa a *Euzkadi Roja*, una cabecera que inevitablemente remitía a *Catalunya Roja*, portavoz de los comunistas catalanes afines al PCE. La redacción del nuevo periódico se traslada del tradicional feudo bilbaíno a San Sebastián. Otro dato relevante es la asunción del neologismo de paternidad nacionalista, *Euzkadi*, que viene a sustituir al termino Vasconia, hasta entonces el más empleado, y que convierte a los comunistas en el primer grupo no nacionalista en usarlo. El dinamismo de los comunistas donostiarras y su mayor convencimiento de la necesidad de ganarse a las bases nacionalistas, frente a una militancia vizcaína que guardaba aún muchos recelos hacia el nuevo discurso filonacionalista del partido, explican el ascenso de los guipuzcoanos Juan Astigarrabia, Jesús Larrañaga o los hermanos Luis y Sebastian Zapirain como nuevos líderes de la organización.

Desde las páginas de *Euzkadi Roja* se criticaría cualquier proyecto de Estatuto que no admitiese el «ilimitado derecho de la nación vasca de disponer de sí misma hasta la separación completa del Estado opresor español y la existencia estatal independiente». Así, el partido en Euzkadi lanzaría a finales de octubre de 1933 la consigna de abstención en el referéndum autonómico. Como alternativa a un Estatuto descalificado en los mismos términos, «burgués», «claudicante», «contrarrevolucionario», «esclavizador» o «imperialista», que antes se habían utilizado

³¹ *Bolchevismo*, 3, 30/8/1932.

con el catalán, se lanzaría una «plataforma revolucionaria de lucha por nuestra verdadera liberación de Euskadi», que recogía medidas a favor de los campesinos y los obreros, junto con la exigencia de expulsión «de todas las fuerzas represivas del imperialismo español», y «el derecho de Euskadi a disponer de sus propios destinos»³². Llama la atención que entre las 19 reivindicaciones de la plataforma no figurase ninguna a favor del reconocimiento del euskera. El manifiesto de la plataforma parecía, como tantas otras iniciativas comunistas durante el periodo «clase contra clase», más destinado a la agitación y propaganda, y al consumo personal, que a sumar ningún apoyo. La abstención en el referéndum en nombre de un programa maximalista que ni siquiera lograba seducir a los nacionalistas más radicales, sólo podía ahondar en el aislamiento del PCE de esas masas nacionalistas que ilusionadas acudían a votar en noviembre de 1933 el primer régimen autonómico para las provincias vascongadas.

³² *Euzkadi Roja*, 28/10/1932.